

Jack Vance

CUGEL EL ASTUTO

El segundo volumen de la Saga de la Tierra moribunda: un buceo a un mundo de cegadora locura... o de visiones de esplendor



Tal era el poder de los inapreciables ojos mágicos del sobremundo, que podían exaltar a su portador a mundos de maravilla o hundirlo en el más tenebroso de los horrores. Por ello eran tan codiciados. Y así, Iucounu, el Mago Reidor, envió a un reacio ladrón, Cugel el Astuto, a una fantástica búsqueda para apoderarse de las valiosas y encantadas lentes violetas: en un arriesgado viaje por bosques de maravilla y paisajes encantados, a través de un mundo donde magia y ciencia son una sola cosa.

I

El sobremundo

En las alturas por encima del río Xzan, en el emplazamiento de algunas antiguas ruinas, lucounu el Mago Reidor había edificado una mansión a su gusto particular: una excéntrica estructura de inclinados gabletes, con balcones, miradores, cúpulas, junto con tres torres espiraladas de cristal verde a través de las cuales la luz del sol brillaba en retorcidos destellos y con colores peculiares.

Detrás de la casa y al otro lado del valle, las bajas colinas se extendían como dunas hacia el horizonte, hasta el límite de la visión. El sol proyectaba cambiantes medias lunas de negras sombras; excepto esto, las colinas no tenían ningún detalle que las distinguiera: eran desnudas y solitarias. El Xzan, que brotaba en el Viejo Bosque al este de Almery, pasaba por debajo para luego, a tres leguas al oeste, unirse con el Scaum. Allí estaba Azenomei, una ciudad vieja más allá de todo recuerdo, notable no sólo por su feria, que atraía a gente de toda la región. En la feria de Azenomei Cugel había instalado un tenderete para la venta de talismanes.

Cugel era un hombre de muchas habilidades, con una disposición a la vez flexible y pertinaz. Era de largas piernas, mano diestra, dedos ligeros, lengua suave. Su pelo era del negro más negro, crecía hasta muy abajo de su frente, cubriéndola hasta casi las cejas. Sus penetrantes ojos, su

larga e inquisitiva nariz y su sonriente boca proporcionaban a su delgado y huesudo rostro una expresión de vivacidad, sinceridad y afabilidad. Había conocido muchas vicisitudes, que le habían enseñado cautela, discreción y dominio a la vez de la osadía y del disimulo. Tras entrar en posesión de un antiguo ataúd de plomo —de cuyo contenido se había librado—, lo había convertido en un cierto número de tablillas de plomo que, estampadas con los apropiados sellos y runas, ofrecía a la venta en la feria de Azenomei.

Desgraciadamente para Cugel, a menos de veinte pasos de su tenderete, un cierto Fianosther había montado un gran puesto con artículos de mayor variedad y más obvia eficacia, de modo que cada vez que Cugel paraba a un transeúnte para alabarle los méritos de su mercancía, éste se limitaba a mostrarle el artículo que acababa de comprarle a Fianosther y proseguía su camino.

Al tercer día de la feria Cugel había vendido solamente cuatro tablillas, a precios apenas por encima del coste del plomo en si, mientras Fianosther apenas daba abasto en servir a sus clientes. Ronco de gritar fútiles atractivos, Cugel cerró su tenderete y se acercó al puesto de Fianosther a fin de inspeccionar su modo de construcción y la forma en que se cerraba y aseguraba la puerta.

Fianosther, al verle, le hizo señas de que se acercara.

—Entra, amigo mío, entra. ¿Cómo va tu negocio?

—Con toda sinceridad, no muy bien —dijo Cugel—. Me siento a la vez perplejo y decepcionado, porque mis talismanes no son obviamente inútiles.

—Puedo resolver tu perplejidad —dijo Fianosther—. Tu tenderete ocupa el emplazamiento del antiguo patíbulo, y ha absorbido esencias de desgracia. Pero creo que estabas examinando la forma en que están unidos los tabloncillos de mi puesto. Lo verás mejor desde dentro, pero primero debo acortar la cadena del erb cautivo que vigila el lugar durante la noche.

—No es necesario —dijo Cugel—. Mi interés era solamente curiosidad.

—En cuanto a la decepción que sufres —prosiguió Fianosther—, no tiene por qué persistir. Observa estas estanterías. Verás que mis reservas están agotándose rápidamente.

Cugel no pudo hacer más que asentir ante aquello.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Fianosther señaló a un hombre al otro lado del camino, totalmente vestido de negro. Era un hombre bajo, de piel amarillenta, calvo como una piedra. Sus ojos parecían nudos en una plancha de madera; su boca era ancha y curvada en una mueca de crónica sonrisa.

—Ahí está lucounu el Mago Reidor —dijo Fianosther—. Dentro de poco acudirá a mi puesto e intentará comprar un libro rojo en particular, el compendio de Dibarcas Maior, que estudió bajo el gran Phandaal. Mi precio es más alto del que piensa pagar, pero es un hombre paciente y regateará al menos durante tres horas. En este tiempo, su casa queda desatendida. Contiene una enorme colección de artefactos taumatúrgicos, instrumentos y activantes, así como rarezas, talismanes, amuletos y grimorios. Me siento ansioso por adquirir esos artículos. ¿Necesito decir más?

—Todo esto está muy bien —dijo Cugel—, ¿pero cómo puede dejar lucounu su casa sin ningún guardia o vigilante?

Fianosther hizo un gesto con las manos.

—¿Por qué no? ¿Quién se atrevería a robarle a lucounu el Mago Reidor?

—Éste es precisamente el pensamiento que me retiene —respondió Cugel—. Soy un hombre de recursos, pero no un insensato temerario.

—Hay una fortuna a ganar —afirmó Fianosther—. Cosas deslumbrantes, maravillas más allá de todo valor, así como sortilegios, filtros y elixires. Pero recuerda, no te animo a nada, no te aconsejo nada; si eres detenido, tan sólo me has oído alabar las riquezas de lucounu el Mago Reidor. Pe-

ro ahí viene. Rápido: vuélvete de espaldas para que no pueda ver tu rostro. ¡Estará tres horas aquí, eso te lo garantizo!

luounu entró en el puesto, y Cugel se inclinó para examinar una botella que contenía un homúnculo flotando en un líquido preservador.

—¡Mis saludos, luounu! —exclamó Fianosther—. ¿Por qué te has retrasado? ¡He rechazado magníficas ofertas por un cierto grimorio rojo, todo en tu beneficio! Y aquí... ¡contempla esta cajita! Fue hallada en una cripta cerca del emplazamiento de la antigua Karkod. Todavía está sellada, y ¿quién sabe qué maravilla puede contener? Mi precio son unos modestos doce mil terces.

—Interesante —murmuró luounu—. La inscripción..., déjame ver..., hummm. Sí, es auténtica. La caja contiene huesos de pescado calcinados, que eran usados en todo el Gran Motholam como purgante. Quizá valga entre diez o doce terces como curiosidad. Poseo cajitas eones más viejas, que datan de la Era del Fulgor.

Cugel avanzó con aire casual hasta la puerta, salió a la calle, y se puso a caminar arriba y abajo, considerando todos los detalles de la proposición tal como se la había planteado Fianosther. Superficialmente, el asunto parecía razonable: allí estaba luounu; allá estaba su casa, henchida de riquezas. Evidentemente, un simple reconocimiento no le podría hacer ningún daño. Cugel se dirigió hacia el este, siguiendo la orilla del Xzan.

Las retorcidas torres de cristal verde se alzaron contra el cielo azul oscuro, con la luz escarlata del sol prendida en las volutas. Cugel hizo una pausa, estudió cuidadosamente los alrededores. El Xzan discurría junto a él sin el menor sonido. Cerca, medio escondido entre álamos negros, alerces verde pálido y colgantes sauces había un poblado..., una docena de chozas de piedra habitadas por barqueros y campesinos de las tierras junto al río: gente que se ocupaba exclusivamente de sus propios asuntos.

Cugel estudió la forma de aproximarse a la casa: un serpenteante camino enlosado con piedra marrón oscuro. Finalmente decidió que cuanto más franca fuera su aproximación, menos complejas necesitarían ser sus explicaciones, si le eran exigidas. Empezó a subir la colina, y la mansión de luounu pareció gravitar sobre él. Llegó al patio delantero, hizo una pausa para examinar los alrededores. Al otro lado del río las colinas se extendían hasta perderse en la lejana bruma, tan lejos como el ojo podía alcanzar.

Cugel avanzó decidido hasta la puerta, llamó, pero no obtuvo respuesta. Estudió la situación. Si luounu, como Fianosther, mantenía un animal guardián, podía sentirse tentado de emitir algún sonido si era provocado. Cugel llamó en varios tonos: gruñendo, maullando, gimiendo.

Silencio.

Se dirigió de puntillas a una ventana y miró a una estancia tapizada en gris pálido, que contenía solamente un taburete en el cual, en una campana de cristal, había un roedor muerto. Cugel rodeó la casa, investigando cada ventana, y finalmente llegó al gran salón del antiguo edificio. Trepó ágilmente los toscos peldaños, saltó uno de los parapetos de adorno de luounu, y en un santiamén se halló dentro de la casa.

Estaba en un dormitorio. En una tarima, seis gárgolas que sostenían un lecho tenían sus cabezas vueltas hacia el intruso. De dos zancadas Cugel alcanzó un arco que se abría a una habitación exterior. Allí las paredes eran verdes y los muebles negros y rosados. Abandonó la habitación por un balcón que rodeaba una habitación central, iluminada por la luz que penetraba por unos miradores muy altos en las paredes. Debajo había cajas, baúles, estanterías y perchas conteniendo todo tipo de objetos: la maravillosa colección de luounu.

Cugel se detuvo allí, tenso como un pájaro, pero el silencio lo tranquilizó: era el silencio de un lugar vacío. De to-

dos modos, había violentado la propiedad de Lucounu el Mago Reidor, y convenía ir con cuidado.

Cugel descendió un tramo de escaleras circulares hasta el gran salón. Se detuvo asombrado, rindiendo a Lucounu el tributo de una franca maravilla. Pero su tiempo era limitado; debía robar rápido y seguir su camino. Extrajo su saco; recorrió el salón, seleccionando con cuidado aquellos objetos de gran valor y pequeño tamaño: una vasija pequeña de asta, que emitía nubes de notables gases cuando eran apretadas algunas de sus protuberancias; un cuerno de marfil del que brotaban voces del pasado; un pequeño escenario donde pequeños trastos vestidos de época aguardaban dispuestos para interpretar antiguas obras cómicas; un objeto como un racimo de uvas de cristal, cada una de las cuales mostraba una borrosa visión de uno de los mundos de los demonios; una vara de la que emanaban dulces de diversos sabores; un antiguo anillo grabado con runas; una piedra negra rodeada por nueve zonas de impalpable color. Pasó junto a centenares de jarras de polvos y líquidos, y se apartó también de las vasijas que contenían cabezas preservadas en coloreadas sustancias. Luego pasó a las estanterías repletas de libros, volúmenes de todos los tamaños, entre los que seleccionó con cuidado, tomando con preferencia aquellos encuadernados en terciopelo púrpura, el color característico de Phandaal. Seleccionó también reproducciones de antiguos mapas, y el pergamino despertado así de su sopor exhalaba un intenso olor a moho.

Volvió a la parte frontal del salón, pasando una urna donde se exhibían una veintena de pequeños cofrecillos metálicos, sellados con corroías cintas de gran antigüedad. Cugel seleccionó tres al azar; eran inesperadamente pesados. Pasó junto a varios enormes motores cuya finalidad le hubiera gustado explorar, pero el tiempo iba pasando y era mejor que empezara a pensar en volver a Azenomei y al puesto de Fianosther...

Cugel frunció el ceño. En muchos aspectos, la perspectiva parecía poco práctica. Seguro que Fianosther no iba a pagarle lo que valían realmente todas aquellas cosas suyas o, para decirlo más exactamente, de lucounu. Podía muy bien enterrar una parte del botín en un lugar aislado... Allí había un amplio nicho en el que Cugel no había reparado antes. Una suave luz se derramaba como agua contra el panel de cristal que separaba el nicho del salón. Una especie de hornacina en la parte de atrás mostraba un complicado objeto de enorme encanto. Por todo lo que Cugel podía distinguir, parecía un carrusel en miniatura, ocupado por una docena de hermosas muñecas de aparente vitalidad. El objeto era a todas luces de gran valor, y Cugel se sintió complacido de hallar una abertura en el panel de cristal.

Lo cruzó, pero a dos pasos de distancia de su presa un segundo panel bloqueaba su camino, estableciendo un camino que evidentemente conducía a la rueda mágica. Cugel avanzó confiadamente, sólo para ser detenido por otro panel que no había visto hasta que chocó con él. Cugel volvió sobre sus pasos y encontró con alivio la que indudablemente era la correcta entrada unos pocos pasos más atrás. Pero aquel nuevo camino le condujo tras varios giros en ángulo recto a otro panel ciego. Cugel decidió olvidar la adquisición del carrusel y marcharse de la casa. Se volvió, pero se encontró un tanto confuso. ¿Había venido de su izquierda... o de su derecha?

Cugel seguía buscando todavía la salida cuando a su debido tiempo lucounu regresó a su casa.

Deteniéndose junto al nicho, lucounu lanzó a Cugel una mirada de irónica sorpresa.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Un visitante? ¡Y he sido tan poco cortés que te he hecho esperar! De todos modos, veo que te has divertido mientras esperabas, de modo que no necesito sentirme culpable. —lucounu se permitió una ligera sonrisa. Luego fingió reparar en el saco de Cugel—. ¿Qué es esto? ¿Me has traído objetos para que los exami-

ne? ¡Excelente! Siempre me siento ansioso de mejorar mi colección, a fin de compensar el desgaste de los años. ¡Te quedarías sorprendido si supieras la de ladrones que intentan despojarme! Ese comerciante de baratijas en ese destartado puesto de la feria, por ejemplo... ¡No puedes llegar a concebir sus frenéticos esfuerzos por engañarme! Le he tolerado porque, hasta la fecha, no ha sido tan osado como para aventurarse en mi casa. Pero vamos, sal de ahí y examinaremos el contenido de tu saco.

Cugel hizo una inclinación de cabeza.

—Encantado. Como has supuesto, he estado aguardando tu regreso. Si recuerdo correctamente, la salida es por este pasillo... —Eché a andar, pero de nuevo se vio detenido. Hizo un gesto de hosca renuncia—. Parece que me he equivocado de camino.

—Parece que sí —dijo lucounu—. Si miras hacia arriba, verás una especie de motivo decorativo en el techo. Si sigues la flexión de las lúnulas encontrarás el camino hasta el salón.

—¡Naturalmente! —Y Cugel avanzó vivamente, siguiendo las instrucciones.

—¡Un momento! —exclamó lucounu—. ¡Has olvidado tu saco!

Cugel regresó reluciente en busca del saco, siguió de nuevo el camino señalado en el techo, y finalmente salió del nicho.

lucounu hizo un suave gesto.

—Si quieres pasar por aquí, me encantará examinar tus mercancías.

Cugel miró reflexivamente hacia el corredor que conducía a la entrada principal.

—Sería abusar presuntuosamente de tu paciencia. Mis pequeñas bagatelas no tienen la menor importancia. Con tu permiso, me iré.

—¡Ni pensarlo! —declaró alegremente lucounu—. Tengo muy pocos visitantes, la mayor parte ladrones y estafa-

dores. ¡Los trato severamente, te lo aseguro! Insisto en que al menos tomes algo. Deja tu saco en el suelo.

Cugel depositó cuidadosamente el saco.

—Recientemente he aprendido un pequeño truco de una bruja marina del Alster Blanco. Creo que te interesará. Necesita algunos trozos de cuerda recia.

—¡Excitas mi curiosidad! —luounu extendió un brazo; un panel del revestimiento de la pared se corrió hacia un lado; un rollo de cuerda fue depositado entre sus dedos. Pasándose una mano por el rostro como para ocultar una sonrisa, luounu tendió la cuerda a Cugel, que la desenrolló con gran cuidado.

—Debo pedirte tu colaboración —dijo Cugel—. Sólo un pequeño asunto de extender un brazo y una pierna.

—Sí, por supuesto. —luounu extendió su mano, apuntó con un dedo. La cuerda se enrolló en torno a brazos y piernas de Cugel, apretándolos de tal modo que se vio incapaz de moverse. La sonrisa de luounu casi partía su rostro—. ¡Vaya, eso sí que es sorprendente! ¡Por error, apelé al truco del atrapaladrones! Para tu propia comodidad, te recomiendo que no te muevas demasiado, pues el atrapaladrones está erizado de agujones. Ahora vamos a ver el contenido de tu saco. —Miró el interior del saco de Cugel y dejó escapar una suave exclamación de desánimo—. ¡Has desvalijado mi colección! ¡Veo algunos de mis tesoros más valiosos!

Cugel hizo una mueca.

—¡Naturalmente! Pero no soy un ladrón; Fianosther me envió aquí para recoger algunos objetos, y yo...

luounu alzó una mano.

—El delito es lo suficientemente serio como para no admitir excusas banales. He dejado bien claro ya mi aborrecimiento hacia ladrones y estafadores, y ahora debo aplicarte la justicia en su más estricto rigor..., a menos, por supuesto, que puedas sugerir alguna compensación adecuada.

—Supongo que debe existir esa compensación —admitió Cugel—. Pero esta cuerda raspa mi piel y no me permite pensar.

—No importa. He decidido aplicar el Conjuero del Enquistamiento Remoto, que constriñe al sujeto en un poro a unos setenta kilómetros por debajo de la superficie de la Tierra.

Cugel parpadeó, desanimado.

—Bajo esas condiciones, jamás podré ofrecerte una compensación.

—Cierto —meditó luounu—. Me pregunto si después de todo no habría algún pequeño servicio que pudieras prestarme.

—¡La muerte del villano que lo ha originado todo! —exclamó Cugel—. Muy bien. ¡Ahora quitame esas abominables ligaduras!

—No tengo ningún asesinato en especial en mente —dijo luounu—. Ven conmigo.

La cuerda se relajó un tanto, permitiendo a Cugel cojear tras luounu hasta un salita anexa decorada con tapices intrincadamente bordados. luounu extrajo de un armarito una cajita pequeña y la depositó sobre un flotante disco de cristal. Abrió la caja y le hizo un gesto a Cugel que observó que la caja mostraba dos indentaciones rodeadas de terciopelo escarlata, en una de las cuales descansaba un pequeño hemisferio de lustroso cristal violeta.

—Como hombre de mundo y que has viajado mucho —sugirió luounu—, conocerás sin duda este objeto. ¿No? Estarás familiarizado, por supuesto, con las Guerras de Cutz del Dieciocheno Eón. ¿No? —luounu alzó los hombros, afectando sorpresa—. Durante esos feroces acontecimientos el demonio Unda-Hrada (está listado como 16-04 Verde en el Almanaque de Thrump) quiso ayudar a sus adeptos y con este fin hizo subir a varios agentes suyos del submundo La-Er. A fin de que pudieran ver, los dotó con lentillas similares a ésta que ves ante ti. Cuando las cosas empezaron a

ir mal para ellos, el demonio regresó bruscamente a La-Er. Los hemisferios quedaron atrás y se vieron diseminados por todo Cutz. Uno de ellos, como puedes ver, ha llegado a mi poder. Debes procurarme su pareja y traérmela, en cuyo caso tu violación de mi domicilio será olvidada.

Cugel reflexionó.

—La elección, entonces, reside entre una incursión al mundo demoníaco de La-Er y el conjuro del Enquistamiento Remoto, que constriñe al sujeto en un poro a unos setenta kilómetros por debajo de la Tierra. Me resulta difícil tomar una decisión.

luounu se echó a reír hasta casi partir en dos la enorme vejiga amarilla que era su cabeza.

—Una visita a La-Er quizá resulte innecesaria. Puedes encontrar este artículo en esa región conocida antiguamente como Cutz.

—Si debo hacerlo, debo hacerlo —gruñó Cugel, terriblemente irritado por la forma como había terminado el trabajo del día—. ¿Quién guarda ese hemisferio violeta? ¿Cuál es su función? ¿Cómo debo ir y cómo volver? ¿Qué armas voy a necesitar, qué talismanes y otros utensilios mágicos puedes proporcionarme para la misión?

—Todo a su debido tiempo —dijo luounu—. Primero debo asegurarme de que, una vez en libertad, te portes con una lealtad a toda prueba y cumplas con tu cometido con celo y dedicación.

—No temas —declaró Cugel—. Te aseguro que mi palabra es mi vínculo.

—¡Excelente! —exclamó luounu—. Este conocimiento representa para mí una seguridad básica que no voy a tomar a la ligera. El acto que vamos a realizar ahora, por lo tanto, no será más que complementario.

Abandonó la estancia y, al cabo de un momento, regresó con un bol de cristal tapado que contenía una pequeña criatura blanca, toda garras, púas, dientes y garfios, que se agitaba irritablemente.

—Éste —dijo luounu— es mi amigo Firx, de la estrella Achernar, y es mucho más listo de lo que parece. Firx está irritado porque lo he separado de su camarada, con el que comparte un tanque en mi sala de trabajo. Te hará cumplir con rapidez tus deberes. —luounu se acercó y, diestramente, arrojó la criatura contra el abdomen de Cugel. Se hundió en sus vísceras y adoptó una posición vigilante, aferrada en torno al hígado de Cugel.

luounu retrocedió, riendo con aquella risa que le había valido su sobrenombre. Los ojos de Cugel se desorbitaron. Abrió la boca para lanzar una maldición, pero en vez de ello cerró apretadamente las mandíbulas e izo girar desesperado los ojos.

La cuerda se desenrolló por sí misma. Cugel permaneció allí, estremeciéndose, sintiendo todos los músculos agarratados.

La risa se luounu se convirtió en una pensativa sonrisa.

—Hablas de utensilios mágicos. ¿Qué hay de esos talismanes cuya eficacia proclamabas desde tu tenderete en Azenomei? ¿Acaso no inmovilizan enemigos, disuelven el hierro, apasionan vírgenes, confieren la inmortalidad?

—Esos talismanes no son de una eficacia uniforme —dijo Cugel—. Necesitaré mayores competencias;

—Las tendrás en tu espada, tu hábil persuasión y la agilidad de tus pies —dijo luounu—. De todos modos, has despertado mi preocupación y te ayudaré en cierta medida —colgó una pequeña tablilla cuadrada del cuello de Cugel—. Ahora puedes echar a un lado todo temor a morirte de hambre. Un toque a este potente objeto inducirá elementos nutritivos a la madera, corteza, hierba, incluso ropas viejas. También hará sonar un carillón en presencia de cualquier veneno. Así que, ahora..., ¡ya no hay nada que nos retenga! Vamos, tenemos que irnos. ¡Cuerda! ¿Dónde está Cuerda?

Obedientemente, la cuerda se enrolló en torno al cuello de Cugel, y Cugel fue obligado a caminar detrás de luou-

nu.

Salieron al tejado del antiguo castillo. Hacía rato que la oscuridad había caído sobre el paisaje. Arriba y abajo del valle del Xzan resplandecían débiles luces, mientras que el propio Xzan era un irregular curso más oscuro que la oscuridad.

Lucounu señaló una jaula.

—Éste será tu medio de transporte. Entra.

Cugel dudó.

—Preferiría cenar bien, dormir y descansar, y emprender el viaje mañana, fresco y fortalecido.

—¿Qué? —exclamó lucounu, con una voz como el sonido de un cuerno—. ¿Te atreves a proferir preferencias ante mí? ¿Tú, que viniste furtivamente a mi casa, saqueaste mis objetos más valiosos y lo dejaste todo patas arriba? ¿No te das cuenta de tu suerte? ¿Quizá prefieras el Enquistamiento Remoto?

—¡En absoluto! —protestó Cugel nerviosamente—. ¡Únicamente estoy ansioso por el éxito de la aventura!

—Entonces entra en la jaula.

Cugel volvió unos ojos desesperados al techo del castillo, luego se dirigió lentamente a la jaula y entró.

—Confío en que no sufras deficiencias de memoria —dijo lucounu—. Pero aunque éste fuera el caso, y por si olvidaras tu primera responsabilidad, es decir, procurarte la lentilla violeta, Firx está a mano para recordártelo.

—Puesto que ahora me veo ligado a esta empresa —dijo Cugel—, y hay pocas posibilidades de que vuelva, me gustaría que supieras mi admiración hacia ti y tu carácter. En primer lugar...

Pero lucounu alzó una mano.

—No quiero molestarte en escucharte; las críticas malintencionadas hieren mi amor propio, y me siento escéptico ante las alabanzas. Así que... ¡adiós! —Se echó hacia atrás, alzó la vista hacia las tinieblas, luego gritó esa invocación conocida como la Transferencia Laganética de Thas-